

# PALEOGEOGRAFÍA TARTESIA EN LA OBRA DE RODRIGO CARO

Antonio Caro Bellido  
Universidad de Cádiz

## RESUMEN

En este artículo tratamos de la aportación de Rodrigo Caro (1573-1647) a los campos de la arqueología y la paleogeografía, en el marco físico del Bajo Guadalquivir, la comarca de Andalucía occidental que se abre al Atlántico, donde estuvo Tartessos.

PALABRAS CLAVE: Arqueología, Paleogeografía, fuentes clásicas grecolatinas, Tartessos, Bajo Guadalquivir, Avieno.

## SUMMARY

In this article we dealt with the contribution from Rodrigo Caro (1573-1673) to the fields of archaeology, the paleogeography, in the physical setting of the Low Guadalquivir, the region of western Andalusia that is opened to the Atlantic Ocean, where Tartessos was.

KEY WORDS: Archaeology, Paleogeography, Classic Greco-Roman sources, Tartessos, Low Guadalquivir, Avienus.

A Pilar, quien siempre sonrió a la vida

## ESBOZO BIOGRÁFICO<sup>1</sup>

El licenciado Rodrigo Caro (Utrera 1573-Sevilla 1647), hijo de Bernabé de Salamanca y de Francisca Caro, fue bautizado en la iglesia de Santiago de la villa de Utrera, enclave perteneciente a la llamada «Banda Morisca» y uno de los núcleos defensivos de relieve junto a Lebrija y Alcalá de Guadaíra (Ladero, 1989: 78, 262).

A lo largo del siglo XV el crecimiento demográfico de Utrera resultó espectacular: de 689 vecinos con que contaba en 1433, se pasó a 1.508 en 1495 (Ladero, 1989: 80-82; *idem*, 1999: 26).

Rodrigo Caro, el abuelo materno del licenciado, descendía de Pedro Caro, quien, tras la conquista de Sevilla, recibió heredamiento en Utrera: *veynete arañçadas, quatro yugadas*. En un legajo del Palacio Arzobispal, se dice que los Caro de Utrera

tenían por blasón *un escudo que es una cruz con sus calamones en campo paxisso y ocho calderas en los filetes* (Montoto, 1915: III-IV), el mismo que aparece grabado en la losa del enterramiento de Francisco Caro y de su hermana Ana, que se encuentra en el templo utrerano de Santa María de la Mesa.

Pasados los primeros años, sabemos que Rodrigo tuvo cuidada educación, iniciándose en el estudio del latín y de las humanidades en su villa natal (Montoto, 1915: V-VI; Morales, 1947: 69-70). En su propio *Memorial*, dice Caro que se matriculó en la Universidad de Osuna en 1590, aunque tres años después, tras la muerte de su padre, se instala en Sevilla en casa de Juan Díaz Caro, sacerdote y tío abuelo de Rodrigo. Es, por tanto, en la Universidad hispalense donde nuestro personaje se licenció (1596), ordenándose poco después como sacerdote, al igual que hicieron dos de sus hermanos, Juan y Bernabé, así como su tío Francisco Caro.

Un año antes de la última fecha, después de una excursión a Santiponce desde la capital del Betis, compone la primera versión, de las cinco que se conocen, de la *Canción a las ruinas de Itálica*, así como la *Epístola a Juan de Robles*<sup>2</sup>.

En 1598 reside con su familia en Utrera, obteniendo un beneficio en la parroquia de Santa María de la Mesa (1602). Allí, en su villa, ejerce la abogacía y cuida de su hacienda, dedicando el tiempo restante al cultivo de las antigüedades y la poesía. En 1604 escribe el *Memorial de Utrera*, donde aparece la primera versión de la *Canción a Itálica*, que, retocada (1608), incluye en las adiciones al *Memorial*.

En 1620, Rodrigo Caro es nombrado letrado de cámara del arzobispo Vaca de Castro y visitador general de parroquias y conventos de fuera de Sevilla. El quehacer como visitador le obliga a recorrer los numerosos caminos del arzobispado para inspeccionar las iglesias y ermitas de distintas localidades; ello le hace tomar contacto directo con los vestigios de la «sagrada antigüedad». Muchos poblados y cortijos de este sector de la Bética atlántica estaban levantados sobre *villae* romanas, conservándose en ellos o en su entorno estos y señas del poblamiento clásico; otros vestigios, generalmente los más llamativos, permanecían en ciudades y villas. De esta época (1621-1624) son las «cartas», publicadas en su mayoría por Santiago Montoto (Montoto, 1915: 77 y sig.), indudable fuente de documentación arqueológica.

En la década de los años 20, Caro se integra en el círculo humanístico encabezado por el pintor Francisco Pacheco.

En 1622 publica el *Santuario de Nuestra Señora de Consolación y Antigüedad de la villa de Utrera*.

<sup>1</sup> Sobre la vida y obra de Rodrigo Caro: Menéndez y Pelayo, M. (1941): «Vida y escritos de Rodrigo Caro», *Estudios y discursos de crítica histórica literaria*. Santander: 161-196; Morales, M. (1947): *Rodrigo Caro. Bosquejo de una biografía íntima*. Sevilla; Gómez, L. (1986): *Rodrigo Caro: Un humanista en la Sevilla del seiscientos*. Sevilla; *Idem* (1992): *Rodrigo Caro. Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*. Sevilla.

<sup>2</sup> Para la obra poética de Rodrigo Caro, consultar la obra de J. Pascual citada en la bibliografía. La «canción» fue atribuida por mucho tiempo a Francisco de Rioja, amigo de Rodrigo.

En 1624, durante la visita del rey a Sevilla y a las ruinas de Itálica, Rodrigo traba amistad con Francisco de Quevedo.

En la casa de Utrera, Rodrigo había coleccionado toda suerte de antigüedades y curiosidades arqueológicas: esculturas marmóreas, bronce, inscripciones, cerámica, monedas, restos arquitectónicos, etc.

En 1627 se traslada a la capital del B etis, y un año después el arzobispo Diego de Guzmán lo nombra visitador de monjas de Sevilla, reuniendo en 1633 los cargos de juez de testamentos, letrado de fábrica y miembro de la junta de gobierno del arzobispado.

En 1628 había terminado una curiosa obra de largo título *Veterum Hispaniae Deorum Manes sive Reliquae*, que no publicó, a pesar de haberla remitido a Flandes para su estampa.

En 1634, publica las *Antigüedades y Principado* de Sevilla, así como la *Chorographia*, en principio concebidas como dos obras distintas pero que aparecieron en un solo volumen, publicado en Sevilla, por Andrés Grande, con la información de otro buen humanista, el franciscano Juan de Pineda<sup>3</sup>. El libro se completó con unas *Adiciones*, inéditas hasta 1851, año en que las publicó la Real Academia de Historia<sup>4</sup>.

En 1638 muere Bernabé, hermano menor de Rodrigo, quien consigue el mismo año la capellanía fundada por su tío Francisco Caro en San Miguel.

La etapa final de la vida de nuestro personaje, amén de sus dolencias físicas, estuvo marcada por disgustos y decepciones.

Murió el día 10 de agosto de 1647, a los 73 años, en su casa sevillana de Arquillo del Atambor, hoy Rodrigo Caro.

## SOBRE SU FORMACIÓN Y MÉTODO DE TRABAJO

Sin duda alguna, Rodrigo fue, a juicio de sus contemporáneos, un hombre culto, un erudito que amaba los libros. La biblioteca de su casa de Sevilla, aparte de lugar de recreo, le servía de refugio: allí se apartaba de las preocupaciones mundanas, de los problemas que lo acompañaron hasta su muerte.

Se tiene conocimiento del contenido de la biblioteca gracias al inventario y valoración que hizo el 22 de agosto, doce días después del fallecimiento, el notario Juan López Román. Se citan 521 títulos, siendo probable que hubiesen quedado

---

<sup>3</sup> El título completo es: *Antigüedades, y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorographia de su Convento Iuridico, o antigua Chancilleria*. Existen dos ediciones facsímiles (Sevilla, 1982 y 1998).

<sup>4</sup> Las *Adiciones al libro de las Antigüedades y Principado de Sevilla* aparecen en el *Memorial Histórico Español*, t. 1, 1851 (pp. 343-458). Luego se hizo otra edición más cuidada (L. Toro Buiza) en *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, Sevilla 1932-1933.

otros en su casa de Útrera, al igual que ciertas piezas, presumiblemente las más pesadas y voluminosas, de su colección arqueológica. En una carta fechada en Útrera, en junio de 1627, que dirige a su amigo Sancho Hurtado de la Puente, quien compartía con él la casa de Sevilla, habla del traslado: en un carro van «todas mis antigüallas portátiles, y las medallas sin reservar ninguna...».

Con bastante frecuencia Caro visitaba las bibliotecas de amigos y conocidos: las de Arguijo, Juan de Torres, Gómez Bravo, quizás, como dice el propio Rodrigo, la mejor de Sevilla, y las de otros personajes algo especiales, como es el caso de Adán Centurión, marqués de Estepa. La tertulia del pintor Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, serviría de motor en el conocimiento de trabajos impresos, así como de obras manuscritas, frecuentes en la época. Por otra parte, fueron beneficiosas de cara a la información de nuestro personaje las relaciones de carácter epistolar mantenidas con otros hombres de letras de fuera de Andalucía: José Pellicer, Andrés de Ustarroz, Juan de Lastanosa, Francisco de Quevedo, etc.

La mayoría de los títulos de la biblioteca de Rodrigo Caro en Sevilla, que primeramente publicó S. Montoto (Montoto, 1915: LXI-LXXIX), responde a autores clásicos, latinos sobre todo, y cuando son griegos están traducidos al latín (Séneca, Silio, Plinio, Mela, Estrabón, Ptolomeo, Lucano, Columela, Avieno, el *Itinerarium Antoninianum*, etc.) y renacentistas: historiadores, geógrafos y humanistas en general (Lebrija, Chaves, Ortelius, etc.). Además, como es lógico, hay también libros religiosos y de derecho.

Debemos reconocer, siguiendo a J. Pascual (Pascual, 2000: 21-22), que son dos humanistas andaluces quienes ejercen especial influencia sobre Caro, maese Rodrigo Fernández de Santaella y Antonio de *Lebrixa* o Lebrija, quienes coinciden, según J. Gil, entre 1467 y 1470 en el Colegio de los Españoles de Bolonia (Pascual 2000: 21). En el humanista de Lebrija, Antonio Martínez de Cala y Jarana (1444-1522), está presente el culto a la Antigüedad; también el interés por la arqueología y la geografía/cosmografía (Caro y Tomassetti, 1997); la mirada del humanista de Lebrija, como hará Caro después, se detiene en las ruinas, los restos, los monumentos, las monedas e inscripciones... que dan cimiento al hecho histórico: la valoración arqueológica para la reconstrucción histórica; en realidad la cuestión no debe resultar extraña en cuanto que la arqueología, ayer como en la actualidad, «constituye una disciplina humanística, una ciencia humana» (Renfrew y Bahn, 1993: 10). Caro escribe lo siguiente:

- «No hay parte de la sagrada antigüedad, por pequeña que sea, que no merezca cultura y estimación...».
- «En materia de antigüedades no pierdo nada de vista, así de los sitios como de los nombres de los lugares...».
- «No dejo antigüedad y todo lo ando...».
- «Yo visité toda esta tierra y con cuidado miré los lugares en que había rastro de Antigüedad, y esta diligencia me dio paso para lo que discurrí en mi Corografía, porque de otra manera no se puede acertar...».
- «Para escribir este tratado, confieso ingenuamente que me ha costado mucho trabajo corporal, desvelos y atención del ánimo; por lo que visité personal-

mente los lugares de que escribo, confiriendo en cada uno lo que los antiguos escritores, así griegos como latinos, nos dejar on escrito, aprovechándome asimismo de inscripciones antiguas y medallas que con estudiosa afición he juntado...».

- «El primer principio, pues, y fundamento más principal y más cierto de donde podemos colegir la antigüedad de los lugares que conocemos, son los rastros y como reliquias que de ordinario suelen quedar en los lugares semejantes, como edificios caídos que en sus ruinas muestran haber sido templos, murallas o anfiteatros, arcos y acueductos. Estas obras, siendo de romanos, se diferencian de las de los godos en las trazas y en la forma de los materiales, porque de ordinario los romanos tienen por fundamentos sillares y todas las piedras casi cortadas parejas. Junto con esto [...] unos casquillos y platos de servicio, de color rojo [se trata de piezas de *terra sigillata*] y casi semejantes a los que ahora traen de Portugal [...] No habiendo algunas de estas señas no hay para qué entender que fueron lugares antiguos; y aunque los lugares ahora permanezcan desde aquel tiempo, duran muchos rastros, que aunque se muden los edificios no pierden su antigua memoria, como se ve en Mérida, Carmona y Lebrija...».

Esta selección de textos trasluce la metodología empleada, así como el hecho de que su preocupación anticuaria rebasa lo puramente material: al trabajo de campo, centrado en la prospección arqueológica con el conocimiento de lugares y de materiales *in situ*, así como los que se conservaban en cortijos, haciendas, ermitas y pueblos, Caro recopilaba información de sus autores-fuente y de la toponimia, la epigrafía, la numismática. Como bien recogió A. Blanco, «su labor y su gloria estriban en el honesto estudio de los documentos históricos, epigráficos y numismáticos que tuvo a su alcance para iluminar la historia y la topografía de la Baja Andalucía que él tan bien conoció» (Blanco, 1974: 41).

Igualmente debemos hacer notar dos hechos, antes de concluir el presente epígrafe: uno, en el cual reparó don Marcelino Menéndez Pelayo, y que recogió Blanco, que habla de su especial vocación por la arqueología clásica, y en particular por la romana: «La arqueología fue la verdadera pasión de Rodrigo Caro, y si bien se mira, todos sus trabajos literarios vienen a confluir en ella. Pero dentro del género de *arqueología*, ¿cuál es la especie de Rodrigo Caro? Una sola, en rigor, pero tal que llena su vida entera, y no sólo enriquece su memoria y abastece su entendimiento, sino que presta luz y color es a su fantasía, convir tiéndole momentáneamente en poeta: la *arqueología romana*. Rodrigo Caro es pues un arqueólogo humanista, arqueólogo del Renacimiento: ésta es su verdadera vocación, éste su título de gloria, y lo es en todas sus obras [...] Para Rodrigo Caro, ingenio latino de pura raza, lo más grande, lo más augusto que cubre el suelo, son las ruinas romanas: entre ellas vive, y de ellas canta, y a ellas lo refiere todo. Para los monumentos y memorias de otros siglos apenas tiene ojos [...] un fuste, un capitel, un trozo de columna, los despedazados restos de unas termas o de un anfiteatro, una inscripción medio borrada... le hablan con voz elocuente y misteriosa, no entendida por la mayor parte de los humanos» (Blanco, 1974: 43-44). El otro hecho importante tiene que ver con la



labor de Caro como paleogeógrafo, como arqueólogo del paisaje, y en este particular no se ciñe únicamente a la época romana; sigue Rodrigo en este quehacer a Antonio de Lebrija, haciendo suya la selección de autores-fuente que Elio Antonio cita en los versos prologales de su *Cosmografía: Strabo, Plinius, atque Mela. Quos artis princeps Ptolemaeus, quos Avienus Carmine composuit, quos Sephanusque...* (manejo la edición de París, 1533). La primera edición es la de Salamanca (c. 1498-1503), aunque anteriormente había escrito para don Juan de Zúñiga, entre 1487 y 1490, un *Isagogicon Cosmographiae*.

Caro aprendió del humanista citado, quien además había publicado unas «Antigüedades», que el paisaje constituía una variable y no algo que resulta permanente en el espacio y en el tiempo. En este sentido ambos autores cobran actualidad en tanto que «científicamente la paleogeografía es una materia naturalística y medioambiental, últimamente asociada a la Geografía Física [...] la Prehistoria, Arqueología y la Historia Antigua» (Díaz, 1990: 11).

## RODRIGO CARO Y LA PALEOGEOGRAFÍA TARTESIA

Aparte de ciertos clásicos citados de modo puntual (Heródoto, Salustio, Homero, Vitruvio, Pausanias, Ausonio, Séneca, Silio, Lucano...), así como otros del Renacimiento o de su propio tiempo: Antonio de Lebrija, Fde Ocampo, Suárez de Salazar..., sus principales autores-fuentes son los citados anteriormente al tratar de la *Cosmografía*, y sobre todo Avieno. También el de Utrera cita el «Itinerario Antonino», manejado igualmente por Lebrija; se trata del *Itinerarium Antoninianum* redactado en tiempos de Marco Aurelio Antonino, esto es, Caracalla (211-217).

El espacio geográfico tartesio descrito por Avieno tenía dos límites naturales en el litoral atlántico succidental: el Estrecho de Gibraltar o *fretum Gaditanum* y la sierra y costa del Algarbe lusitano, accidentes últimos consagrados al Céfito (*Ora* 226, 238, 564) y que permanecían envueltos por la niebla y la bruma.

Para Caro la fortaleza del Céfito estuvo «al Occidente de la Bética como sostiene Avieno en la *Ora maritima*», según el poema *Cupido pendulus*, y las *Antigüedades*, hablando del *Zephyri arx* dice

es un Castillo, o edificio, a manera de templo, que estuvo no muy lejos de Niebla, a la orilla del mar, edificado en la cima, y altura de un levantado cerro, tanto, que parecía exceder la jurisdicción del ayre, pues su cabeça coronavan las nuves, y perpetuamente allí se via espesa niebla [...] assi lo dize Festeo Rufo Avieno [...] Algo tendrá esta narracion de ornamento poetico, pero la verdad historica no puede faltar en este Autor, que demas de ser Español, anduvo por estas riberas reconociendolas, por las historias de los libros Runicos, a quien sigue; y aunque o no vemos este alto cerro, ni el Alcaçar, o Templo, que sobre el estava edificado; es cierto que el mar vezino se lo tragò [...] Esto se haze mas creible, porque fue persuasion de los antiguos, que el viento Zephyro ynavava en toda España, y que su tierra era sujeta: assi lo dice Seneca el Tragico [...] Y pienso, que lo tomó de Homero,



que da el nacimiento del blando Zephiro en las partes Occidentales de España (*Antigüedades*, fol. 217 v. y 218)<sup>5</sup>.

El Estrecho de Gibraltar estaba flanqueado por dos accidentes naturales: *Abila* (*Ora* 87, 344-345), el *Gebel Musa*, en el litoral marroquí, y *Calpe* (*Ora* 87, 344-348), el Peñón de Gibraltar o *Gebel Tarik*, en la costa tartesia. Estas dos elevaciones relevantes eran para los fenicios las columnas de Melkart, las de Hércules para los griegos y las de Hércules para los latinos (*Ora* 86, 115, 163, 341, 355, 370, 375, 380 y 562) y constituían la llave de acceso al Atlántico, *sinus* (*Ora* 84) o *mare* (*Ora* 398, 402, 563, 633 y 686), debiendo tener presente que para Avieno los términos Océano (*Ora* 83, 102, 204, 390, 402 y 412) y Atlántico no son equiparables: el primero era sin duda el mar abierto, ilimitado, y que contenía a otros mares y golfos (*Ora* 390 y sig.), mientras que el segundo era una porción del Océano, el actual Golfo de Cádiz, extendido desde *Calpe* al Cabo de San Vicente, lo que confirma el gaditano Pomponio Mela cuando dice que: «las costas de Europa y África se aproximan, formando los montes *Abila* y *Calpe*, que según indicamos forman las columnas de Hércules [...] Más adelante se abre un golfo en el que se ubica *Carteia*, ciudad habitada por los fenicios trasladados de África, que algunos creen que es la antigua *Tartessos*» (*Chorog.* II, 6). Por eso Caro dirá que *Pomponio Mela* [...] *después de aver dicho de las dos columnas de Hércules, Calpe y Avila, viniendo hacia Cádiz con el discurso del mar Mediterraneo, dice, lib. 2 - cap. 6...*

El *sinus Atlanticus* contenía a otros conjuntos salados: el *sinus Calacticus*, actualmente el estuario Tinto-Odiel, donde desembocaba el río *Iber* o *Iberus* (otras veces con el parásita); este cauce fluvial, que hacía además de frontera natural, daba nombre a la comarca que ocupaba la tierra entre el *Iber* y el *Anas* (Guadiana) (*Ora* 205, 222, 266), el solar de los primitivos iberos (*Ora* 250, 472, 480, 552, 613), que vivían por el sur en vecindad con los tartesios. El *Calacticus sinus* albergaba a un cabo y a una cueva-santuario consagrada a la Diosa Infernal (*Ora* 241), así como a la ciudad de *Erbis*. En tiempos de Avieno, siglo IV d.C., dicho golfo había pasado a ser una laguna salobre llamada *palus Erebea*.

El segundo golfo, el *sinus Gaditanus*, estaba situado frente al archipiélago existente entonces en Cádiz, ocupando las actuales marismas del Guadalquivir, río conocido por *Cilbus* (*Ora* 320) y que, como en el caso anterior transmitió su nombre a los habitantes del territorio ubicado entre dicho cauce y el Guadiaro o *Crisus* (*Ora* 419), los cilbicianos (*Ora* 255, 303).

El último de los golfos atlánticos, el *sinus Tartessii* (*Ora* 265), se corresponde con la Marisma del Guadalquivir actual; allí desembocaba el río *Tartessos* (*Ora*

---

<sup>5</sup> En *Odisea* (IV, 563-578) es clara la vinculación entre el Céfito y el Océano, lo que confirma más tarde Estrabón (*Geog.* I, 1, 4; III, 2, 13). También en *Odisea* el gran mar Occidental, al que se accede al salir del Mediterráneo, tiene que ver con el país de la niebla, habitado por los cimérios (XI, 139). En *Illiada* (xvi, 149-151) la Harpía Podargue fue fecundada por Céfito cuando pacía en una pradera junto al Océano, en la región del actual estuario del Tajo; más al sur, las yeguas parían hermosos y veloces caballos, gracias a la fecundación del viento del Oeste, del Céfito.



225, 284), que daba nombre a la región comprendida entre el *Iber* y el Cilbo, a sus propios moradores, los tartesios (*Ora* 113, 179, 223, 254, 265, 308, 423, 428, 463), así como a la isla ubicada en la desembocadura, donde supuestamente estaba la capital del reino, llamada también como el cauce fluvial (*Ora* 85, 269, 332). Desde Coria hasta más allá de Sevilla, se abría un amplio estuario. El golfo de los tartesios se comunicaba con el Atlántico a través del *fretum Tartessiorum*, un estrecho de unos 20 kilómetros de anchura, que no debemos confundir como a veces se ha hecho, con el *fretum Gaditanum* o Estrecho de Gibraltar. El primer conjunto físico, el *fretum Tartessiorum*, estaba flanqueado en su entrada por dos promontorios: la *arx Gerontis*, figuradamente la fortaleza de Gerión, y el *fani prominens* (*Ora* 262, 304) o cabo del templo consagrado al Lucero, divinidad llamada por Avieno «Venus Marina», adorada en Sanlúcar, Lebrija (*Nabrissa Veneria*) y Cádiz, en los cabos de Trafalgar y Gata, así como en un islote cercano a *Calpe*.

El *fani prominens* ya fue identificado por Antonio de Lebrija con la propia Sanlúcar<sup>6</sup>, que entonces ocupaba el hoy llamado Barrio Alto, situado sobre una potente elevación y ahora separado del mar por la acumulación de sedimentos recientes, depositados allí a partir del siglo XV sobre todo.

En la contraflecha de La Algaida hubo un santuario, distinto del citado y cercano a él; en la Antigüedad no formaba una pequeña península como hoy ocurre sino uno o varios islotes arenosos, separados entre sí por canales (Menanteau, 1991: 20); en el islote más meridional, en el Cerro del Tesorillo, estuvo el citado santuario; según A. Blanco y R. Corzo, dicho lugar de culto se fundó hacia el siglo V a.C., abandonándose tres centurias más tarde.

Dos elevaciones relevantes, según el poema, dominaban el golfo de los tartesios: el *mons Tartessiorum* (*Ora* 309); identificable con la Sierra de Gibraltar (311 m), en la misma línea de costa, entre las actuales provincias de Sevilla y Cádiz, y el *mons Argentarius*, probablemente la Sierra de Grazalema, algo al interior pero bien visible desde el litoral tartesio.

En el entorno del golfo de tartesios, la fuente antigua de Avieno habla de la existencia de dos islas: *Cartare*, situable cerca del *fretum Tartessiorum*, que en realidad era una península, ya que el Estero de Asta no tenía comunicación por el sur con el mar; el otro conjunto era una isleta consagrada a *Iuno*, quizás la de la Algaida.

En la identificación del Betis-Tartessos y en la existencia de la mítica capital del reino en una isla, nombrada como el río y la ciudad, Caro depende, siguiendo también a Antonio de Lebrija, de los textos de Estrabón<sup>7</sup>, pero conocía asimismo lo

<sup>6</sup> *El templo del Luzero, que agora es San Lucar*, en la *Muestra... Lib. 1, Cap. IV*.

<sup>7</sup> – «Parece ser que en el pasado llamose al Betis Tartessos» (*Geog.* III, 2, 14).

– «Y como el río tiene dos desembocaduras, se dice también que la ciudad de Tartessos, homónima del río, estuvo levantada en la tierra ubicada entre ambas, llamándole a esta región Tartésida» (*Geog.* III, 2, 1).

– «Inmediatamente después se halla la desembocadura del Betis, dividida en dos brazos, la isla comprendida entre ambos, abarca un trecho de costa que tiene cien o más estadios» (*Geog.* III, 1, 9).

escrito por Avieno, quien confunde la red de antiguos canales de mar ea (llamados caños en momentos recientes) con los brazos del río Tartessos, queriendo armonizar dos situaciones físicas muy distantes en el tiempo: la de su época, siglo IV d.C., y la que corresponde a sus más antiguas fuentes de información, de los siglos VII y VI a.C.<sup>8</sup>

Rodrigo Caro dirá lo que sigue:

començamos esta peregrinacion del rio Guadalquivir, que se llamò Tartesso, justo es, que bolvamos a la memoria la antigua isla, y ciudad de Tartesso tan amada del gran padre Guadalquivir, que la tenia entre sus braços, por donde antiguamente entrava en el mar . Y porque no solo aquella antigua, y famosa ciudad està desaparecida, sino toda la isla donde estuvo: demanera, que aun serà dificultoso señalar su sitio [...] La isla que vamos tratando, que estuvo entre los dos braços de Guadalquivir, propriamente se llamò Tartesos porque como el rio, que la bañava por ambos lados, se llamava Tartesso, no solo dio nombre a la Provincia Betica sino tambien a esta isla [...] Y que Tartesso, isla, y ciudad, no pueda ser, claramente lo dize el mismo Avieno «in ora maritima»: porque como queda dicho, y muchas vezes diremos, esta isla Tartesso, la hazia el rio de su mismo nombre, en su salida al mar; y dize que desde el lago, que llama Ligusticò se partia en tres braços, cercandola toda, y que con los dos bañava las partes meridianas de la ciudad de Tartesso, y tres regauan la parte oriental de aquellos campos [...] Estava pues esta isla de Tartesso (a lo que se puede entender) cerca de la ciudad de Sanlucar, y por ventura comenzava en su famosa y peligrosa barra; y juzgo que lo llamaron Lago Ligustico, y Averno, fue todo aquello que oy llamamos Bonança, donde se defienden con mucha seguridad los baxeles, que entran por la barra. La parte de tierra de la vanda derecha del rio, que oy llaman Arenas Gordas, se estendia la mar adentro mucho mas de lo que oy està, por espacio de mas de dos leguas, o legua y media; y por entre esta punta de tierra, la isla de Tartesso, caminaba el brazo derecho del rio, tan grande solo el uno, como todo el rio, cuando venia por dividirse; porque aunque se dividia el agua por mitad el mar llenava cada canal, tanto como todo el rio junto [...] La villa de Rota cae muy frontera a donde fue la isla de Tartesso, y pudo ser parte della, porque oy día por cima desta villa se ve una, que llaman la Madre vieja, por donde dizen, caminò antiguamente el rio Guadalquivir con uno de sus braços, co que desaguava a la mar [...] Esta villa de Rota, que como dicho es, pensamos, que puede ser parte de la isla antigua de Tartesso, està oy en una península<sup>10</sup> [...] Antes

---

<sup>8</sup> «Este río no avanza con una corriente única ni surca con un solo cauce el terreno subyacente, pues vierte sus aguas en los campos por tres bocas por la parte donde nace el Sol, y con una boca gemela baña también dos veces la región situada al sur de la ciudad [de Tartessos]...» (Ora 284-290).

<sup>9</sup> Avieno recoge una fuente arcaica griega donde se habla de Ligústico, quizás de Hecateo. La *Ligystiké* era el país suoccidental, que se extendía desde el actual estuario del Tajo a las Columnas de Hércules, mientras que *Ophioussa* era el país nor occidental, abierto del Tajo al Cantábrico. El topónimo *Ligystiké* se acuñó antes del año 500 a.C. y dicho país o región rebasaba las fronteras de Tartessos, al decir de Eratóstenes (Estrabón, *Geog.* II, 1, 40).

<sup>10</sup> Antonio de Lebrija recoge en la *Muestra* el texto que sigue: *i la isla que estos dos braços hazian llamo se Tartesso, del nombre antiguo que entre los antiguos tuuo el Guadaquevir [...] El dia de oi no vemos sino un solo brazo, por donde sale a la mar en el puerto de San Lucar de Barrameda. Las señales*



que nos apartemos mucho de la isla de Tartesso, serà bien dezir de los lugares, que cerca della caian en la tierra continente. La mas cercana ciudad pæce ser el lugar, que oy llamamos Sanlucar de Barrameda [...] De E bora ya diximos, que r etiene todavia su nombre, llamandose Eborá la vieja<sup>11</sup> [...] En este gran lago [Ligustico], o muy vezino a el, estava el monte Argentario, llamado assi, porque mirado de lexos parecia de plata [...] se mirava en las aguas del gran lago Ligustico . Este monte tambien, y sus señales, se hundiò en el mar con aquella punta de tierra, que se continuava con lo que o y llamamos Arenas Gordas (*Antigüedades...*, fol. 125-129 v.).

## BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO, A. (1974): «Rodrigo Caro, arqueólogo», *Estudios de Arte Español*, Sevilla. 36-55.
- CARO, A. y TOMASSETTI, J.M. (1997): *Antonio de Nebrija y la Bética. Sobre arqueología y paleogeografía del Bajo Guadalquivir*. Madrid.
- DÍAZ DEL OLMO, F. (1990): *Apuntes de Paleogeografía*. Sevilla.
- LADERO, M.A. (1989): *Historia de Sevilla. La ciudad medieval (1248-1492)*. Sevilla.
- (1999): *Andalucía a fines de la Edad Media. Estructuras, valores, sucesos*. Cádiz.
- MENANTEAU, L. (1991): «Los paisajes sanluqueños y su evolución histórica», *Los pueblos de la provincia de Cádiz*, 32. Sanlúcar de Barrameda, 1. Cádiz: 13-67.
- MONTOTO, S. (1915): *El Ldo. Rodrigo Caro. Varones insignes en letms naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla. Epistolario*. Sevilla.
- PASCUAL, J. (2000): *Rodrigo Caro. Poesía castellana y latina e inscripciones originales*. Sevilla.
- RENFREW, C. y BAHN, P. (1993): *Arqueología, Teorías, métodos y práctica*. Barcelona.

---

*del otro, que se cego con el cieno i limo, parecen agora cerca de Lebrixa i las Torres de Asta, hasta la costa por donde salia cerca de Rota (Muestra..., Lib. 1, Cap. IV). Esta teoría tropieza con la imposibilidad geológica y topográfica, pero responde a un error de Claudio Ptolomeo, quien señala que Asta (Mesas de Asta) estaba al norte del Estero de Nabrisa y no al sur del mismo, si bien acertó en la distancia: 15 minutos (22,5 km).*

<sup>11</sup> Fue también Antonio de Lebrija quien identificó esta ciudad con las ruinas de la actual cortijada de Évora, muy cercana a Sanlúcar y en la antigua costa flandriense (*Muestra...*, Lib. 1, Cap. IV).